

La crítica: un intento de entender, una manera de estar

Antonio Castro Guijosa
Director y dramaturgo

<https://dx.doi.org/10.5209/dcin.101919>

Pese a lo que pudiera parecer a simple vista, mi padre fue un hombre apasionado. Apasionado de la vida y de las ideas. Indagaba con tesón en multitud de temas, de todo ámbito. Y sobre todo, le apasionaba el cine, imagino que como lugar donde se encontraban para él la vida y las ideas. Era infrecuente la conversación en la que no había al menos una referencia cinematográfica, nunca dejó de estudiarlo –mucho menos de verlo– y nunca, ni siquiera cuando otras muchas cosas habían desaparecido, nunca salió de su cabeza.

Tampoco abandonaron su mente ciertas ideas. O más bien, él se mantuvo fiel a una serie de ideas y valores. Probablemente uno de sus rasgos más característicos fue su coherencia a lo largo del tiempo. Tenía muy claro lo que creía correcto y lo que no, lo que era admisible y lo que no. En definitiva, lo que estaba bien y lo que no lo estaba. Y como tenía una vasta cultura y grandísimos conocimientos humanísticos, su defensa de esas líneas rojas era firme, bien cimentada y –como demostró a lo largo de su vida– difícilmente modificable. Esto, unido a su rapidez para el escrutinio de situaciones, problemáticas y hasta conductas de los demás, provocaba un rápido posicionamiento en cualquier circunstancia. Mi padre analizaba mucho, analizaba rápido, y se posicionaba con firmeza.

Creo que no descubro nada si digo que le encantaba el cine de Buñuel, y creo que lo que más le gustaba de su cine –y le gustaban muchos aspectos– es que el cine de Buñuel hacía retratos de tipos de mentalidad. Ése era el término exacto que utilizaba. Tipos de mentalidad. De alguna manera, esas películas de Buñuel suponían una guía para entender cómo funcionan (cómo se comportan, a qué reaccionan) ciertas personas. Y es que entender era algo que obsesionaba a mi padre. Y si no tenía los elementos suficientes para entender no estaba a gusto.

Durante muchos años quedábamos más o menos una vez a la semana en un restaurante de barrio, cerca de su casa. De tanto en tanto, en nuestras comidas, mi padre sacaba algún tema al que llevaba dándole vueltas durante algún tiempo. Que le rondara la cabeza desde tiempo atrás era una deducción que hacía yo a tenor de frases como “porque al principio yo no entendía nada”.

Cualquiera que conociera a mi padre sabe que la frase no es literal, puesto que él siempre lo entendía

todo; para cuando abordaba un tema, ya había dado las vueltas necesarias para conectar los puntos. Podríamos decir que buscaba los fundamentos, las guías que permitían encajar las piezas – incluso aunque a priori fueran inconexas– de manera que respondieran a una coherencia, a una causalidad, y no paraba hasta dar con una explicación que a él le convenciera.

Imaginarán que este entender, esta búsqueda de coherencia en el mundo, esta metáfora soterrada de que el mundo es un rompecabezas que puede ser examinado y resuelto conforme a reglas unívocas, no termina de funcionar en la vida real. Tal vez porque la vida sea más azarosa. Tal vez porque las reglas cambian en función del tiempo, de la geografía, o porque los límites del mundo son demasiado extensos o demasiado difusos. Vaya usted a saber.

Pero en el cine sí funciona. Mi padre me dijo muchas veces “durante los diez primeros minutos de película...” –se refería igualmente a obras de teatro, que es en lo que yo trabajo– “...puedes hacer lo que quieras”. Lo sabemos. La película impone sus propias reglas.

Mi padre ejerció la crítica cinematográfica prácticamente durante toda su vida. La realizó de manera profesional, concienzuda, exhaustiva. Tenía la inteligencia, el conocimiento específico del medio, y el amor por el cine necesario. Tenía además conocimientos sobre literatura, historia, sociología, filosofía... De alguna forma, era el arquetipo del crítico deseable: el que sabía de lo que hablaba, era capaz de ver con pocos prejuicios y no se casaba con nadie. Recuerdo ahora con cierto asombro su comedia alabanza a las primeras películas de alguien tan alejado de sus intereses como Kevin Smith o su crítica a ciertas películas de directores que le fascinaban como Wilder o Kubrick. Hubo algunos cineastas que alargaron sus entrevistas con él mucho más de lo convenido, o que sólo querían hablar con él cuando venían. No es un detalle menor. Ahora que la crítica cinematográfica está cada vez más cerca de la publicidad (¿cuántas obras maestras y películas del año se estrenan cada mes?) la manera de hacer crítica de mi padre se reviste de cierta añoranza.

Siempre que no te tocara a ti una crítica negativa, claro. Porque su honestidad podía resultar –y resultaba– incómoda. Porque igual que me divierte que preguntara a Paul Verhoeven por qué una película

ambientada en un futuro muy tecnologizado –Desafío total– se resolvía con una pelea a puñetazos¹, me resultaba tensa la primera conversación después de un estreno mío. Nunca regaló un halago.

Porque mi padre no fue sólo crítico cinematográfico. Fue crítico con todo y con todos. Eso no quiere decir que sólo viera lo negativo. Me refiero al análisis, a la búsqueda de principios que guíen el juicio, a la coherencia interna y a la firmeza para mantener abiertamente lo que pensaba íntimamente. Esto fue origen de muchas desavenencias. De momentos incómodos. Luchas. Mi padre luchó mucho, se enfrentó con quien consideró que hacía algo indebido o injusto. Luchó por la democracia, luchó por la mejora del país, luchó por los servicios públicos y especialmente por la educación pública.

Dicho así, parece que hubiera sido un paladín. Pero no quiero idealizar nada. Se equivocó como nos equivocamos todos. Por mucho análisis que hiciera, por mucho que leyera y viera malinterpretó los signos, trató injustamente a algunos amigos y defendió posiciones que luego abandonó. Porque la vida no es unívoca, porque no todo responde a lo racional, porque a él –como al resto del mundo– le influían creencias y prejuicios. También –en mi opinión– pasó por alto películas espléndidas y ensalzó otras que a mí –o tal vez a usted– nos parecían un tostón insufrible.

Por el camino además se dejó varios hitos que quiso alcanzar y no pudo.

Pero mi padre se mantuvo firme en sus convicciones, y las cimentó de manera que era capaz de defenderlas ante cualquiera y en cualquier circunstancia. No tengo claro que yo pasara ese examen. En el cine, volcó esa actitud suya de ir de frente, esa franqueza, ese análisis constante no sólo en busca de lo que no funciona sino también de cómo hacer que las cosas sean mejor. Buscaba lo que Juan Mayorga atribuye al mejor crítico posible en su obra *Si pudiera cantar me salvaría*: ese punto de apoyo para que la gente del cine hiciera mejores películas.

Igual que siempre mantuvo la ambición por que nuestro mundo respondiera cada vez a mejores principios; principios reconocibles, aplicables, ecuanímes, justos.

Si les digo la verdad, no da la sensación de que el mundo haya mejorado demasiado, tal vez sus múltiples luchas no sirvieran de mucho. Pero a lo mejor sí queda algo, ¿no?

A lo mejor un poco de ese algo hace que tantos compañeros suyos le recuerden hoy en este especial. Quiero agradecerles a todos ellos y especialmente a José Antonio Jiménez de las Heras, el esfuerzo, la complicidad y el cariño que le han dedicado ahora, y siempre.

¹ Si les interesa la respuesta, Verhoeven masculó a regañadientes que teniendo a Schwarzenegger de protagonista, qué otra cosa iba a hacer.